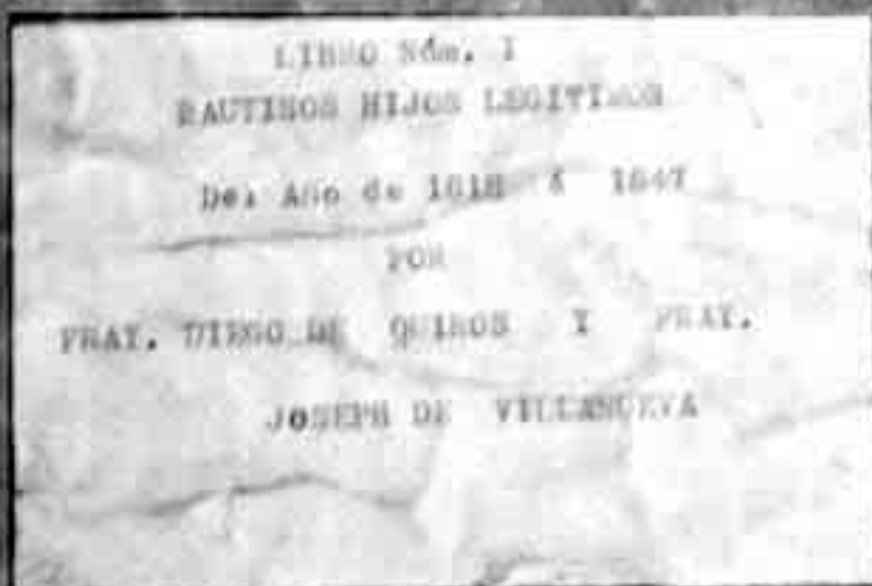
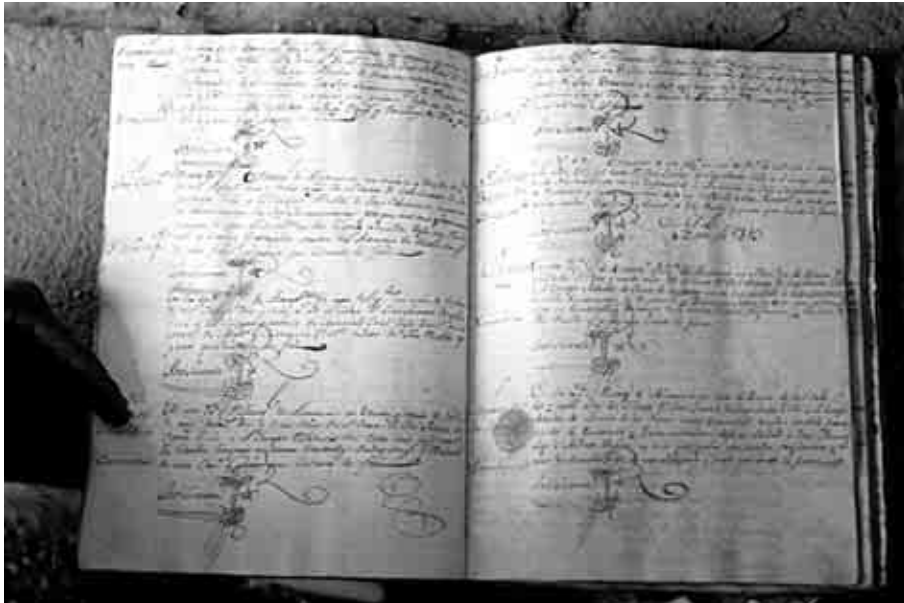


LAS ELECCIONES DE 2006 Y EL FUTURO
DEMOCRÁTICO DE MÉXICO

Francisco Javier Guerrero*





Alcozauca, Libros del archivo parroquial. Recorrido 1980-81.

En una emisión radiofónica transmitida el día 15 de julio del presente año, el historiador Javier García Diego declaró que los candidatos presidenciales Pascual Ortiz Rubio (en 1929) y Manuel Ávila Camacho (en 1940) habían triunfado en los respectivos procesos electorales en que tomaron parte y atribuyo a ciertos grupos de “intelectuales” las aseveraciones en el sentido de que en esos procesos los fraudes se presentaron contundentemente.

Yo no dudo que Ortiz Rubio y Avila Camacho hayan contado con más votos que sus adversarios (José Vasconcelos y Juan Andrew Almazán, respectivamente). Pero, indudablemente, las elecciones en que vencieron fueron fraudulentas; a los disidentes se les hostigaba y hostilizaba, se les agredía y reprimía, eran amenazados con ser despedidos en sus trabajos y eran víctimas de muchos agravios más. El partido oficial, desde que fue creado en 1929, utilizó todo tipo de artimañas en todas las elecciones en que ha participado, y éstas son bien conocidas por muchos mexicanos: el *carrusel*, el *ratón loco*, las urnas “embarazadas”, los padrones falseados y “rasurados” el conseguir votos a cambio de dádivas y sobornos, etc. De tal modo que, aunque Ortiz Rubio y Ávila Camacho hayan obtenido el mayor número de votos, sus presidencias fueron resultado de sendos fraudes electorales.

Sin duda, el hecho que desde 1929 hasta el año 2000 un solo partido ganara siempre en las elecciones, configuraba una situación de hartura y hastío en muchos sectores de la sociedad, cuyos componentes pertenecían a diversas clases sociales. El escritor Mario Vargas Llosa llegó a afirmar que en México existía una “dictadura perfecta” detrás de una frágil fachada de

mocrática. En las elecciones iba aumentando el número de abstencionistas.

Sin embargo, en 1988, y a consecuencia del casi nulo crecimiento económico y del agravamiento de una serie de problemas que el país padecía –desempleo, miseria, hambre, etc.,– mucha gente se volcó a las urnas para votar por un candidato de oposición al partido oficial: Cuauhtémoc Cárdenas.

Al parecer, este aspirante a la presidencia venció; no hay pruebas decisivas de ello-, pero la gente ligada al aparato de Estado impidieron que se reconociera el triunfo de Cárdenas llevando a cabo un apresurado y burdo fraude electoral, que en parte reprodujo las artimañas del pretérito, y en parte renovó sus reprobables mecanismos mediante “la caída del sistema”, es decir, pretextando que trastornos en el sistema de computación impedían ofrecer los resultados electorales en una primera fase (en realidad, tal “caída” se produjo a efecto de no comunicar las avalanchas de votos a favor de Cárdenas): de tal modo, el candidato del partido oficial, Carlos Salinas de Gortari, terminó siendo declarado triunfador, como lo fue también su sucesor Ernesto Zedillo, que en su campaña como candidato manipuló el temor entre la población a un conflicto social (en 1994 el levantamiento armado en Chiapas y el asesinato del candidato del partido oficial, Luis Donald Colosio, habían hecho crecer el fantasma de un hecatombe social).

Por fin, en el año 2000, el hartazgo de gran parte de la población frente a la “dictadura perfecta” hizo que muchos electores fueran a las urnas e hicieran triunfar a un candidato de supuesta (desde mi punto de vista) oposición, Vicente Fox, del Partido Acción Nacional.

Incluso muchos ex izquierdistas abogaron por el llamado “voto útil”, alegando que lo más importante para la democracia mexicana era “sacar al PRI (el partido oficial, llamado pomposamente Partido Revolucionario Institucional) de los Pinos (la sede del poder presidencial):

Sin embargo, aquí hay que esclarecer varios equívocos. Antes de conocer los cómputos oficiales, el presidente Zedillo en el 2000 declaró vencedor a Fox. Para algunos ingenuos, ello significaba que Zedillo abría las puertas a la democracia. En realidad, el prematuro gesto de don Ernesto tenía como objeto *desactivar* cualquier conjunto de movilizaciones o protestas de parte del PRI en contra del triunfo foxista. Más o menos desde 1968, los políticos más lucidos y grupos de intelectuales plantearon que era necesario acabar con el monopartidismo y favorecer las alternancias en el gobierno (entre esos políticos estaba Jesús Reyes Heróles, ex secretario de Gobernación y ex Director de PEMEX). Esta preocupación coincidía con un cambio

de estrategia en la política estadounidense: el gobierno de los EEUU presionó para que gobiernos civiles sustituyeran a las dictaduras militares en varias partes de América Latina, y que en todo el subcontinente se favorecieran las aperturas al pluripartidismo; esa presión, sin duda, se dejó sentir en México.

En nuestro país, con objeto de alentar la transición a la democracia, se generaron reformas políticas, que, entre otras cosas, tendían a abolir las “elecciones de Estado” (el hecho de que el gobierno fuera juez y parte en los procesos electorales y recurriera con frecuencia al fraude). Se creó un organismo supuestamente autónomo de ciudadanos, el Instituto Federal Electoral (IFE), y se desarrollaron varias reformas legales en materia electoral. El IFE es el encargado de organizar los procesos electorales.

Es de hacer notar que en casi todos los países donde priva la democracia representativa no existen alteraciones significativas debido a las elecciones; éstas sirven para cambiar a los funcionarios de un *gobierno*, pero no cambian el *sistema político*. En contadas ocasiones, las elecciones permiten el acceso al gobierno de grupos y personas que propician un cambio *estructural* en la sociedad, como sucedió cuando triunfó la *Unidad Popular* en Chile en 1970, con su candidato Salvador Allende. Todos sabemos lo que sucedió después. Generalmente los procesos electorales son organizados desde los ámbitos del poder, y quienes dominan al Estado casi siempre determinan las orientaciones electorales debido a su amplia gama de recursos (dinero, bienes materiales, medios de comunicación, publicidad, etc.) Así, por ejemplo, el hermano del expresidente estadounidense Lyndon Johnson, refiriéndose al sistema político en los Estados Unidos, escribió: “Cuando un candidato tiene que procurarse muchos miles de dólares de un único pez gordo, ¿puede nadie creer seriamente que tales grandes contribuyentes están meramente interesados en el buen Gobierno? No hay un solo alcalde, consejero, legislador del Estado, gobernador, congresista, presidente o cualquier otro cargo ejecutivo de ese país que no haya recibido aportaciones de algún pez gordo que espera un contrato con el gobierno para más tarde” (cit. por George Novack, *Democracia y Revolución*, Fontamara, México, 1996, pp. 204-205)

Siendo así las cosas, no ha sido de extrañar que el gobierno de Fox haya sido cabalmente una continuación de los gobiernos neoliberales anteriores (los de Miguel de Lamadrid, Carlos Salinas, Ernesto Zedillo, todos del PRI). Estos gobiernos se dedicaron a favorecer políticas que apoyan el libre mercado, la privatización de empresas, el desmantelamiento del Estado asistencialista y la retracción del gasto social.



Libro de bautizos del año de 1620. 1980-81.

Pero, más que apoyar al libre mercado, favorecen la concentración y centralización de capitales, así como a la competencia oligopolica. En un arranque de sinceridad, el presidente Fox declaró que su gobierno era de empresarios y para empresarios, y es que no se trataba de “Sacar al PRI de los Pinos”, sino de menguar la fuerza del bloque en el poder y permitir ampliar los ámbitos de las decisiones democráticas, es decir, permitir que exista una participación real de los diversos sectores sociales en la conducción democrática (por bloque en el poder entendemos una coalición de clases y grupos sociales dominantes bajo la hegemonía de una de esas clases sociales).

El laberinto de julio de 2006

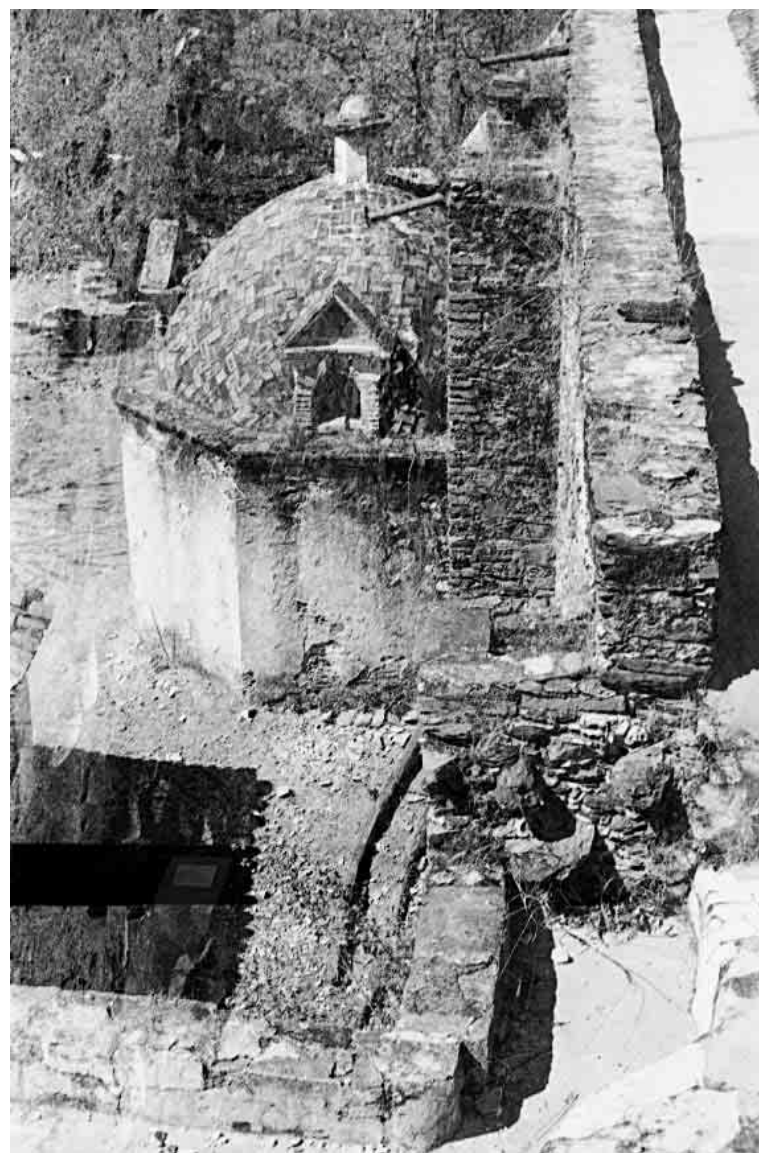
En este marco, nuestro país arriba al 2006 albergando en su seno un gran conjunto de problemas, y la mayoría de éstos derivan precisamente de la aplicación de políticas neoliberales que sirven para solidificar cada vez más una economía oligopolico-mercado-crática, lo que ha provocado mayor desempleo en el país, pobreza y miseria crecientes, incremento de la economía informal, éxodo cada vez más notorio de migrantes a los Estados Unidos y aumento de pauperización en sectores medios y pobres, que son cada día más pobres.

Pero, de otro lado, con la concentración y centralización de capitales, así como de facilidades otorgadas a la penetración del capital transnacional en el país, se han desarrollado fuertes núcleos empresariales que han alentado la repartición de beneficios no sólo entre sus componentes sino entre algunos sectores allegados a ellos. Todo esto ha conducido en el país a una polarización cada vez mayor entre los grupos sociales; los ricos son cada vez más ricos y los pobres son cada vez más pobres.

El pluripartidismo en México se configura como una partidocracia, y los agentes de ésta son relativamente homogéneos. Con esto quiero decir que política y programáticamente, son bastante parecidos. Aunque se supone que unos partidos son de “izquierda”, otros de “centro” y unos más de “derecha”, tienen programas y plataformas políticas semejantes; es por ello que algunas analistas aluden a una sola “clase política”, repartida entre los diferentes partidos (y es por ello que existen tantos tráfugas que se pasan de un partido a otro presuntamente muy diferente). Sin embargo, pese a estar relativa hegemonización –que sobre todo afecta a las dirigencias–, los partidos tienen orígenes históricos distintos, bases sociales diferentes y articulaciones diversas con los sectores sociales. El PRI es un partido de orientación cada vez más neoliberal que en el pasado generó una política de masas apoyada en el populismo y en el corporati-

vismo, política que, por otra parte, iba fortaleciendo a los grupos en el poder (una joven burguesía nacional y una burocracia política que se iba fortaleciendo); el PAN surgió como un grupo de derecha opuesto a las reformas sociales llevadas a cabo en el sexenio del general Lázaro Cárdenas; apoya a los grupos empresariales y a las oligarquías financieras, aunque sobre todo en el norte de México propugna un populismo de derecha. El Partido de la Revolución Democrática (PRD), surgido a consecuencia de un triunfo popular (la elección de Cárdenas en 1988, gracias a una fuerte movilización social) cuenta con una base amplia entre grupos subordinados; sin embargo, su *élite* directiva se dedica a la lucha por lograr posiciones políticas importantes dentro del *establishment*.

En el país la segregación social, los conflictos entre diversos grupos, la explotación y la discriminación, ha provocado la aparición de un escenario de discordia y luchas constantes. En este marco, se puede argüir, como lo hacen los pensadores derechistas,



Temalacatzingo, Municipio de Olinalá. Una sección del templo.

que los dirigentes partidistas manipulan a las masas, pero es claro también que los componentes de éstas intentan, al menos, en los procesos electorales, servir de las estructuras partidarias (en el país también existen partidos pequeños, *bonsai*, muy favorecidos y subsidiados por el Estado. Por lo general son grupos de logreros y arribistas que gustan de hacer negocios sobre bases políticas).

En este marco, los tres principales partidos se confrontaron en las elecciones de 2006; desde hace mucho tiempo se suponía que esta contienda sería muy cerrada, debido a que el candidato del PRD, considerado de izquierda, Andrés Manuel López Obrador, tiene amplia popularidad entre amplios sectores de la población; sin embargo, otros sectores, incluso algunos ubicados en los pisos más bajos del edificio social, se pronuncian por el PAN, concebido como un grupo que garantiza la continuidad y cierta estabilidad. El conocido *maromero* Jorge G. Castañeda se refiere a este fenómeno cuando afirma que la gente votó por la continuidad y “el 60% de los que consideran que les va mejor hoy que hace un año votaron por Calderón (el candidato del PAN); más del 60% de los que aprueban a Fox votaron por Calderón, y más de 60% aprueba a Fox”¹ Castañeda señala un fenómeno real, pero lo infla en su mente calenturienta. Conozco bien a Castañeda y estoy casi seguro que inventa esos porcentajes sesenteros o lo deriva de encuestas que manda hacer con sus amigos (procurando que los resultados de las mismas no lo contradigan).

El 2 de julio de 2006 se celebraron las elecciones en México, y votó casi 60% de los electores posibles. En este sentido, fue una fiesta cívica. Pero hay que remarcar que las previas precampañas y campañas electorales se distinguieron por su vileza y suciedad. En ellas los candidatos y sus adlateres se calumniaron y difamaron entre sí en formas grotescas. En este ambiente sobresalió la propaganda del PAN contra López Obrador, al cual se le acusó de ser un peligro para México, expropiador de bienes y casas, traidor, etc. La propaganda panista hizo rememorar fuertemente la que elaboraba Joseph Goebbels en el ministerio de propaganda nazi. Para colmo, el presidente de México, perteneciente también al PAN, intervino constantemente en la campaña, denostando al “populismo” y al “pasatismo” de Obrador, y apoyando la “continuidad” (es decir, que triunfara Calderón), todo ello ilícitamente.

El 6 de julio el IFE declaró que el triunfador en el proceso había sido Calderón, que ganó con 15 millones 284 votos frente a López O., con 14 millones 756 350 (en porcentajes, 35.89 y 35.31, respectivamente). Según el IFE, la elección se realizó limpiamente, casi todas las casillas se instalaron y los partidos políticos

fueron representados por 1.241,094 personas; además, hubo muchos observadores extranjeros, y funcionaron tanto el conteo rápido como el Programa de Resultados Electorales Preliminares (PREP).

Sin embargo, el PRD decidió impugnar el proceso electoral e incluso muchas personas ajenas a ese partido han señalado que no sólo hubo irregularidades sino que nos hallamos ante un notorio fraude. Así, Víctor M. Toledo nos informa lo siguiente: “Las primeras observaciones críticas surgieron en relación con la forma que tomaron las curvas de acumulación de votos ofrecidas por el... (PREP), pues la simetría y los ritmos resultan sospechosamente perfectos. Las dudas surgen también cuando se realizan extrapolaciones de las curvas construidas a partir de los datos oficiales. Luis Mochán, investigador del Centro de Ciencias Físicas de la UNAM... encuentra para López Obrador un faltante de 126 mil 132 votos cuando se hace una extrapolación con los datos de las primeras, 20 mil actas, lo cual sugiere la eliminación automática de aproximadamente un voto por cada una de las 130 mil 400 casillas” (La Jornada, 15 de julio 2006). Hugo Almada, estadígrafo de la organización no gubernamental Alianza Cívica, halló que en todos los estados en donde gana López, ‘hay más votos para senadores que para presidente’ y en donde triunfó Calderón sucede lo contrario. Bolívar Huerta y Francisco Portillo, profesores de la Facultad de Ciencias de la UNAM, hallaron anomalías en las curvas de los resultados del conteo por distritos. A partir del 60% del cómputo, se da un descenso en los votos de López y un ascenso de los de Calderón, en una proporción casi perfecta. Y a partir del 82.5% de los votos, las cifras de los tres candidatos –del PRI y los grupusclos “Nueva Alianza” y “Alternativa Social Demócrata”- permanecían extrañamente constantes; éstas anomalías electrónicas parecen multiplicarse conforme se van descubriendo. López O. alega que se realizó un fraude a la “antigüita”, alterando boletas y actas, haciendo “perdedizas” otras, restando o sumando cifras, etcétera.

Es el Tribunal Electoral del Poder Judicial la institución que debe revisar las impugnaciones, dar su fallo y proclamar al presidente electo. Aquí no prejuzgamos nada; no sabemos si ganó Calderón o López O. Sin embargo, dado que se trata de un proceso en donde ha habido tantas irregularidades, creo que en este caso se impone el recuento de voto por voto. De no ser así, la democracia mexicana se perderá, como dice la canción, en una “noche tenebrosa y triste”.

Notas

¹ *El País*, 16 de julio de 2006.